

diversas fórmulas: las del talión (comunes a las de los códigos orientales) y las de *môt-jumat* y *arûr*, propias de la legislación hebraica. Como la exposición es sistemática no cabe duda que sirve para esclarecer el problema de las formas primitivas jurídicas en la tradición bíblica dentro de las perspectivas de la «Formgeschichte».

M. García Cordero

2) Teología dogmática

B. Weissmahr, *Gottes Wirken in der Welt. Ein Diskussionsbeitrag zur Frage der Evolution und des Wunders* (Frankfurt a. M., Knecht Verlag, 1973) 198 pp.

La teología católica siempre ha defendido y ha de defender el hecho de la intervención especial, personal, libre de Dios en la historia humana y en el curso de la naturaleza para manifestarle al hombre el proyecto de salvación respecto de la humanidad. La explicación científico-teológica del hecho siempre ofrecerá dificultades a la inteligencia humana. El A., no satisfecho con la explicación tradicional, abre nuevos caminos a la investigación; siempre a nivel de *teoría* sujeta a continuada revisión. Se fija en dos momentos importantes en los cuales, según la teología católica, es indispensable hablar de una intervención inmediata, especial, personal de Dios: la producción del alma de cada ser humano por creación y la producción del milagro como obra de la omnipotencia de Dios, sin el concurso de los agentes naturales; obrando Dios sólo, fuera de, sin o contra las leyes naturales. Expone en primer término la enseñanza tradicional sobre la creación del alma y sobre el milagro. En ambos casos la explicación clásica adolece, según B. Weissmahr, de los mismos defectos: Una concepción estática de los seres naturales, particularmente los materiales; la pretensión apriorística de conocer ya lo que pertenece a la esencia de cada categoría de ser y las posibilidades internas de dinamismo. Por otra parte, el pensar que Dios pudiera producir en el mundo efectos reales sin el concurso del dinamismo de los agentes creados y como supliendo este dinamismo, apenas podría evitar la sospecha de antropomorfismo, al imaginar a Dios como un agente físico en concurrencia con los agentes naturales.

La ciencia y la filosofía moderna exigen un modo de ver la materia más dinámico, evolutivo y perfectivo. La materia se perfecciona continuamente por su dinamismo inmanente, produciendo efectos que superan la perfección de los anteriormente logrados, en perfeccionamiento ascendente desde la materia no viviente hasta culminar en la materia tan perfeccionada que en ella brota, siempre bajo la acción de Dios personal, libre, peculiar, el ser humano síntesis de cuerpo-alma, materia-espíritu. No produce Dios el «alma» en la materia sin el concurso del dinamismo inmanente a los agentes naturales. Respecto al milagro propone el A. la superación de la teoría tradicional, que exigía una intervención tan personal de Dios, tan especial que el efecto milagroso sería producido, en última instancia, por sólo Dios, sin el concurso de los agentes creados correspondientes. Tesis básica de Weismahr reiterada constantemente es ésta: Debe mantenerse la intervención libre, especial, personal de Dios en la historia humana, en el mundo, pero siempre con el concurso de las causas segundas. La intervención divina, por especial e intensa que se la suponga

no elimina el concurso de los agentes creados, sino que los potencia para producir, mediante ellos, efectos especiales. En la teoría del A. es indispensable tener en cuenta la distinción que hace entre la causalidad «física» de las causas segundas y su causalidad «metafísica». El milagro se produce sin contar con el concurso del dinamismo creatural a nivel «físico»; pero no sin su concurso a nivel «metafísico» (cf. cap. 5-7 de la obra). La intervención personal de Dios no elide el dinamismo de la creatura sino que lo potencia para producir efectos insospechadamente perfectos, en los cuales se percibe la presencia especial de Dios.

La teoría de Weissmahr tiene la apreciable ventaja de tener en cuenta un concepto más científico y riguroso de la materia, de su dinamismo y posibilidades de perfeccionamiento, incalculables a priori para nuestra inteligencia. Por otra parte, se atiende al principio, siempre correcto, de hacer intervenir a Dios en curso del mundo en la forma más sobria posible; manteniendo la autonomía y dinamismo inmanente de la naturaleza. Por otra parte, quiere poner a salvo, con insistencia, la trascendencia de Dios al que no debe reducirse a la categoría de agente físico en competencia con otros agentes naturales a ese mismo nivel. La trascendencia de la acción divina implica siempre una mayor inmanencia; y la intensidad de su presencia operativa en los seres no inhibe el dinamismo de éstos sino que lo intensifica y potencia más. Con esta explicación la teología tendría menos conflictos, innecesarios, con las ciencias humanas y con la visión moderna del mundo.

Desde el punto de vista del saber humano la teoría de Weissmahr tendría, sin duda, algunas ventajas. Con todo, no vemos cómo el A. podría salvar la omnipotencia divina en sentido teológico estricto. Para esto es indispensable admitir que Dios puede obrar inmediatamente, por sí, sin concurso de los agentes creados, todos los efectos que de hecho produce por medio de estos agentes. J. Duns Escoto mantuvo este concepto católico y teológico de la omnipotencia *inmediata* frente a la filosofía aristotélica y arábiga que sólo concedía la omnipotencia *mediata*. Parece que no es lógico mantener el hecho de la creación ex nihilo, la omnimoda libertad de Dios y su perfecta omnipotencia, sino se afirma la posibilidad real de obrar en el mundo sin concurso de los agentes creados. Por otra parte, cuando en el milagro la teoría tradicional excluye el concurso-dinamismo de la causa segunda, se refiere a la causalidad que se desarrolla por vía de causalidad eficiente; no toda causalidad, sin más, es excluida, ya que no se trata de creación. Se mantiene la causalidad material, formal y final, según la terminología escolástica. Además, siempre se insistía en que el milagro superaba la potencia «normal» de la causa segunda, pero que en el hecho milagroso se ponía en juego, bajo la acción de Dios, la potencia obediencial positiva de la creatura (realidad metafísica descubierta por los teólogos) para producir, bajo influjo divino efectos «sobre-naturales». Si la causalidad «metafísica» de que habla el A., al modo expuesto, quería aludir a esta potencia obediencial metafísica de los seres creados, estamos conformes. Pero mejor hubiera sido indicarlo, para enlazar la nueva explicación con otras ya más conocidas. Por otra parte el A. insiste mucho en el valor de signo que tiene el milagro, como vehículo del diálogo salvífico que Dios quiere establecer con el hombre. Es aceptable este enfoque del problema. Pero ya en la teoría más tradicional se insistía en que podría bastar, para estar seguros de la especial-personal intervención de Dios en la historia, el llamado milagro *relativo* y el que Dios fuese responsable moral del hecho milagroso; aunque acerca de la causalidad inmediata hubiese oscuridad insuperable.

De todas formas el trabajo de Weissmahr es muy serio, llevado con orden, claridad y buena lógica. El problema está planteado con interés y novedad y, aun cuando no llegue a convencer a todos, estimula la reflexión y ayuda a mejorar cualquier solución que el lector personalmente pueda tener sobre esta cuestión.

A. Villalmonste

Th. Luckmann, *La religión invisible. El problema de la religión en la sociedad moderna* (Salamanca, Sígueme, 1973) 130 pp.

El A. estudia el fenómeno de la religiosidad y sus manifestaciones desde el punto de vista de la sociología. Problema perenne de ésta es el de determinar el puesto que ocupa el individuo en la sociedad; cuál es el impacto que la sociedad ejerce en el curso de la vida individual. Dado que vivimos en una sociedad altamente organizada, omnipresente con sus instituciones en todos los rincones de la vida individual, el hombre no puede menos de sentirse amenazado de invasión en lo más preciado de su vida, la libertad. Nos encontramos con una nueva forma de sentir, pensar y expresar la relación individuo-sociedad orden social, que no puede menos de afectar al fenómeno social más radical e inmediato, según el A., *la religión*. Abunda, desde la década del cuarenta, la literatura dedicada a estudios de sociología religiosa. Luckmann los encuentra útiles como material de estudio, pero faltos de una sistematización y síntesis que los haga fructuosos. Por ello intenta una nueva *metodología* para estudiar el hecho religioso. Los estudios anteriores, casi sin excepción valoraban los resultados desde un punto de partida defectuoso: La identificación de religión o religiosidad con religión-orientada-hacia-la Iglesia. Por eso pensaban que el fenómeno de la secularización, al disminuir la orientación-hacia-la-Iglesia, disminuía, sin más, la religión. En el capítulo segundo se examina el hecho, indudable, de que la religión orientada-hacia-la-Iglesia ha quedado en la periferia de la sociedad moderna. La razón podría ser que el hombre de la civilización industrial ha encontrado otro mundo de valores «últimos», otra cosmovisión que suple, en forma plausible y satisfactoria, la función que tradicionalmente ejercía la religión en sus formas de institución social. Para explicar un poco este hecho y hacerlo comprensible el capítulo tercero se ocupa de descubrir la condición (o tal vez mejor, raíz) antropológica de la religión, antes de ser institucionalizada. La religión es, en su primera raíz, una forma de realizar la tendencia del hombre a vivir en sociedad. Cuando el hombre comparte con otros sus experiencias totales surge la cosmovisión, un conjunto de valores objetivos que se presentan como manifestación de un orden universal, absoluto que a su vez legitima el cosmos y el orden social. Esta cosmovisión es la forma elemental de la religión; si bien no puede identificarse con la religión sin más. A medida que la sociedad se hace más compleja también lo es el *cosmos sagrado*. Hasta llegar, particularmente en Occidente, a las instituciones religiosas, iglesias de tan complicada y tupidia organización en lo doctrinal, en las costumbres, los ritos, el clericalato. La Iglesia como magnitud social, resulta imponente para el individuo, que no tendría más tarea que interiorizar el modelo oficial de religión. Pero esta relación institución-individuo corre siempre el peligro de no ser bien asimilada provocando el desinterés, la rutina o el rechazo en el individuo; pues en el fondo no acaba de ver cómo la religión-institución contribuye a enriquecer su personalidad más íntima. Este es precisamente el gran tema cuestión que tiene planteado el hombre actual. A él se dedica el capítulo sexto, el más amplio del libro: la religión y la identidad personal en la sociedad moderna. Parece indudable que la religión «oficial», para el hombre típico de la era industrial, está en crisis. Primero porque el pluralismo religioso no permite contar con una reli-

gión «oficial» indudable; y, sobre todo, porque el hombre actual es muy celoso de su individualidad, interioridad, personalidad, que siente amenazada por toda institución, iglesia, orden social, autoridad. De aquí surge la cuestión que, a nuestro juicio está latente en todo el libro: Aunque el hombre secularizado de nuestros días tenga una religión menos orientada-hacia-la-iglesia, ¿quiere decir que es menos religioso, en el fondo? Ya se ve la importancia que tal cuestión tiene para una religión tan sustancialmente «institucional-eclesial» como el catolicismo. Como es sabido hay en la actualidad muchos movimientos que parecen hondamente religiosos y cristianos y sin embargo someten a crisis la pertenencia y su actuación dentro de la institución eclesial. El libro que comentamos ayuda a estudiar el problema desde el ángulo de la sociología (y sólo desde éste). Leído con cautela y asimilado con equilibrio el libro de Luckmann estimula la reflexión del teólogo y del pastoralista. Su modo de presentar las relaciones entre el individuo religioso y la institución religiosa no podrán por menos de provocar repulsas o adhesiones. *La religión invisible* que parece dibujarse para el futuro, no pueden serlo tanto que elimine la dimensión societaria, institucional, de la Iglesia tal como quiso ser fundada por Cristo y sus Apóstoles.

A. Villalmonete

G. Ferreras, *El trance del futuro. Ensayo de teología ante el reto de la desesperanza* (Salamanca, edic. Sígueme, 1973) 207 pp.

Parece claro que el hombre actual vive lanzado hacia el futuro, inmerso en la tarea de realizar su porvenir. El A. recoge este signo de los tiempos —por lo demás de visible ascendencia cristiana— y trata de determinar un poco la tarea que a la Iglesia le corresponde cumplir en este mundo que está «en trance de futuro». La visión escatológica del mundo es la idea fuerza que permite y urge a la Iglesia a preocuparse, con renovado interés, por la transformación del mundo, ya desde ahora. Esta es la idea base que preside todas las reflexiones de G. Ferreras en esta obra. En estrecha relación otra idea también muy querida por el A.: la necesidad de revalorizar, desde la escatología y desde la fe en la resurrección, la *corporeidad* en el sentido más complexivo del término (que englobaría todo lo que calificamos de mundo «material») llamada a incorporarse al destino humano en el plan divino de salvación. Desde esta perspectiva se hacen aplicaciones a otros temas más concretos de los *novísimos* y de la acción de la Iglesia en el presente. Al ir leyendo el libro se nota, aquí y allá, que al A. le bullen interesantes ideas en la cabeza. Por desgracia el género literario elegido para expresarse —ensayista, cargado de preciosismos literarios— no favorece la claridad, la buena articulación y desarrollo lógico de los temas. Pensamos que el lector hubiese preferido una forma más didáctica, transparente y sobria de decir las cosas. Que las palabras no tapen la vista de la realidad.

A. Villalmonete

I. Congar, *Ministerios y comunión eclesial* (Madrid, Fax, 1973) 258 pp.

Es una colección de artículos, cuya «unidad estaba en el hecho de que han sido redactados durante los mismos últimos años, bajo el imperio de parecidas preocupaciones, y que tratan de temas emparentados entre sí» (p. 9). Por ello hay repeticiones de ideas y de referencias. Se estudian los ministerios en su relación con la Iglesia considerada como comunión. El autor repasa sus trabajos en torno a la teología del laicado y de la eclesiología. Considera un recentramiento obrado por el Vaticano II hacia Cristo y un descentramiento

hacia la Iglesia, es decir, hacia las estructuras. Le parece insuficiente concebir los ministerios como «causa instrumental» que forma la Iglesia. Piensa que se ha minimizado el hecho y el carácter original de ciertos carismas, tendiendo a bloquearlos en los de la jerarquía (p. 44). En cuanto a la «apostolicidad», la apostolicidad de ministerio exige la apostolicidad de doctrina. Pasa revista a la colegialidad del episcopado que se ha manifestado en el curso de la historia, en relación con el primado romano, y a diferentes cuestiones relativas a la consagración episcopal y a lo que constituye miembro del colegio de los obispos; a los conceptos de infalibilidad e indefectabilidad; expone las ideas complementarias sobre el papado que se han puesto de relieve después del Vaticano II; las relaciones entre sínodo, colegialidad y primado; entre unidad y pluralismo. El autor procede siempre en un ámbito de gran erudición y de revisión del propio pensamiento.

M. Nicolau

H. Schwendenwein, *Priesterbildung im Umbruch des Kirchenrechts. Die «Institutio sacerdotalis» in der vom II. Vatikanum geprägten Rechtslage*. De la colección «Kirche und Recht», n. 9 (Wien, Herder, 1970) XXII+256 pp.

Este libro trata de «la formación del sacerdote en el cambio del derecho canónico»; quiere ocuparse de la «Institutio sacerdotalis» en la situación jurídica que viene del Vaticano II.

Presupuesto de toda la obra es que el Derecho canónico está en evolución y que en muchos puntos necesita nuevas fórmulas y proposiciones. El punto de partida es el estudio del *Optatam totius*, con un predominio acentuado —nos parece— de la consideración jurídica. Creemos que no fue la intención del Vaticano II descender a detalles jurídicos, que dejó a las aplicaciones que posteriormente se harían por la Santa Sede; sino sólo dar normas generales.

Se leerán con interés el capítulo sobre «el llamamiento y el camino para el oficio sacerdotal», con el recuerdo de la solicitud por las vocaciones que —según el concilio— corresponde a toda la comunidad eclesial; lo relativo al período escolar de los candidatos, y a los criterios de selección. Asimismo lo tocante al seminario menor y a su carácter propio; lo relativo al cuidado de la vocación; la necesidad de los seminarios mayores, la cuestión de los seminarios regionales y nacionales; la dirección en equipo y su problemática; las vocaciones tardías. Se recuerda la toma de posición por parte de la S. Congregación para la educación católica acerca de los Seminarios mayores fragmentados dentro de una ciudad, práctica que la S. Congregación desaconsejaba (p. 121); asimismo lo que se refiere al P. Espiritual y protección del foro interno; la formación del seminarista en lo personal y espiritual; la especialización, etc. En conjunto nos parece un comentario erudito al decreto *Optatam totius* en su parte de formación humana y espiritual del seminarista, más que en la parte concreta de los estudios eclesiásticos. Tiene frecuentemente en cuenta muchos comentarios ya publicados al mencionado decreto (no todos, v. gr., los aparecidos en Salmanticensis, a 1967, y en Manresa, a. 1970); y, aunque frecuentemente repite cosas sabidas, podrá ser útil por el resumen-síntesis que realiza.

M. Nicolau

Javier Pikaza, *Las dimensiones de Dios* (Salamanca, Ediciones Sígueme, 1973) 294 pp.

Sin caer en el tópico del «nunca como ahora», si podemos asegurar que en nuestra época Dios está de moda, lo cual no deja de entrañar un grave peligro. Para unos Dios ha muerto y no tenemos ni que preocuparnos por llevar flores a su tumba, para otros Dios es tema de polémica y hay quienes se sienten interpelados en sus coordinadas existenciales por este Dios vivo y exigente y no faltan quienes lo han tomado como objeto de investigación. Cuando se acude a las fuentes que nos hablan de Dios hay que prestar suma atención porque no siempre el murmullo lleva la misma intensidad. El Dios de la Biblia está ahí, pero su voz, en muchas ocasiones, se limita a insinuar, otras se contenta con hacer guiños. No hay duda que los libros sagrados nos dicen que Dios ha hablado, pero sobre todo nos hablan de que Dios actúa. Y actúa y se manifiesta por «dimensiones» como gusta decir al profesor Pikaza. Y de estas «dimensiones» del Dios que se manifiesta trata en su trabajo que está dividido en tres partes bien delimitadas y con objetivo propio como nos dice el propio autor en la introducción al libro. En la primera parte: «La niebla de Dios en el hombre moderno» presenta el problema de Dios en nuestros días. Nuestro tiempo se ha caracterizado por haber cavado la tumba de Dios. Estamos sin Dios. Pero la pregunta tiene su esperanza: ¿Podrá surgir de ese fracaso la victoria del Señor resucitado? En la segunda parte: «La crisis de Dios en el antiguo testamento» descubre las sombras de la presencia de Yavé para Israel que es como el prototipo de pueblos y culturas que buscan a Dios, pero éste se revelará envuelto en los pliegues del misterio y durante el éxodo será una fuerza que salva, en la alianza, un amigo que ofrece su ayuda y en la promesa, esperanza que nos pone en tensión hacia el futuro. En la tercera parte: «El Dios de Jesucristo y el Espíritu en el nuevo testamento» nos ofrece el Dios de Jesús que se nos revela como Padre y en Cristo se hace camino, verdad y vida. Dios es Jesús, Señor glorificado, centro de la nueva creación, cabeza de la iglesia. Dios es, por fin, el Espíritu que viene de Jesús y que dirige nuestra vida al sacrificio por los otros, al amor y la justicia entre los hombres, a ese mundo que es perfecto por ser el cuerpo de Jesús, el Cristo.

A través de todas las páginas del libro de Pikaza se puede apreciar que el Dios de la Biblia no aparece claramente en todos sus relatos. Este Dios tiene sus crisis y hay momentos en que no se le ve y los autores sagrados muestran su despiste; es de esta forma, precisamente, cómo se hace más interesante ya que su presencia al tiempo que lo abarca todo, no puede abarcarse en ningún instante. Hemos de concienciarnos que aunque se concretiza en Cristo, sigue siendo un Dios trascendente, que se sostiene por sí mismo y que nadie puede declararlo muerto, puesto que sigue viviendo en Cristo muerto y resucitado por la fuerza del Espíritu. Este es el Dios que interpela y exige al hombre moderno. Con sencillez Pikaza ha conseguido hacer una obra interesante. Con un estilo fluido nos ha presentado ese problema tan actual y conflictivo que supone el nombre de Dios.

J. Oroz

La Iglesia en el mundo de hoy, obra colectiva dirigida por G. Barauna (Madrid 1967) 773 pp.

La obra, *La Iglesia en el mundo de hoy*, a cuya realización han contribuido 27 especialistas de diversas materias, es una aportación más sobre las ya existentes a la reflexión teológica de los contenidos de la *Gaudium et Spes* desde diversas perspectivas.

La temática ofrecida en este volumen, como en la misma Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual del Concilio Vaticano II, es amplísima y abierta a diferentes interpretaciones sin romper el equilibrio de la unidad dogmática.

Ante la imposibilidad de descender a pormenores y concreciones que implicarían el análisis de las diversas contribuciones de esta obra, ofrecemos una información panorámica de ella. Es la siguiente:

Tras la inserción de la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, en latín y en castellano, se ofrecen unos comentarios a la misma que incluyen desde unos antecedentes históricos, teológicos y fundamentación bíblica hasta la reflexión detallada de los contenidos centrales, como p. e. la Iglesia y los valores terrenos, la condición del hombre en el mundo, la dignidad de la persona humana, el matrimonio y la familia, el desarrollo de la cultura, etc., etc. Esta reflexión sobre los contenidos fundamentales de la *Gaudium et Spes* constituyen la parte capital de la obra.

La tercera parte se ocupa de las implicaciones y dimensiones ecuménicas de la citada constitución pastoral; bajo esta perspectiva se enfoca su mensaje y se le valora desde otras confesiones cristianas no católicas.

El libro termina con un apéndice dedicado a comentar la encíclica *Populorum Progressio* cuya publicación se efectuaba estando este volumen en prensa.

La obra es actual, rica en contenido, de temática amplia y variada, de lectura fácil y positiva en orden a captar el espíritu y el mensaje, siempre interesante, de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual del Concilio Vaticano II; por otra parte, el lector informado de publicaciones como *La Iglesia del Vaticano II* y *La Sagrada Liturgia renovada por el Concilio* se sentirá familiarizado con ella en múltiples sentidos.

J. J. Hernández Alonso

Varios Autores, *S. Bonaventura 1274-1974: Volumen Centenarii, cura Commissionis Internationalis bonaventurianaë (Grottaferrata, Collegio S. Bonaventura, 1973-1974)* 5 vols. *Vol. II: Studia de vita, mente, fontibus et operibus sancti Bonaventurae*, 699 pp. *Vol. IV: Theologica*, 814 pp.

Con motivo del séptimo centenario de la muerte de san Buenaventura, un grupo internacional de estudiosos ha colaborado en la formación de estos cinco gruesos volúmenes dedicados a estudiar los más varios aspectos de la personalidad y actividad científica del doctor seráfico. Nos corresponde ahora hacer la presentación de dos de estos volúmenes, indicando sumariamente el contenido de cada uno. Con ello el lector interesado tendrá una información inicial que esperamos le ayude a la hora de decidirse a utilizarlos personalmente.

Vol. II: Estudios sobre la vida, pensamiento, fuentes y obras de san Buenaventura. Como acontece en publicaciones de esta índole, los temas enunciados no podían ser tratados en forma completa y planificada, sino en la medida en que lo permitiera la respuesta de los colaboradores solicitados. Pero en cada uno de los aspectos se ha logrado estudios valiosos. Un trabajo de A. C. Pegis se ocupa una vez más de la doble influencia básica —aristotélica y agustiniana— apreciable en la obra del doctor seráfico. M. Schmaus analiza un caso concreto de presencia del neoplatonismo en la doctrina trinitaria de san Buenaventura, tal como se puede apreciar en el *Itinerarium*. Influencia recibida a través del Pseudo-Dionisio, sobre todo. San Anselmo, padre de la escolástica, ejerció gran influjo en toda la teología franciscana medieval. Por lo que respecta a Buenaventura J. R. Pouchet subraya la influencia del Proslógion de san Anselmo en el espíritu con que Buenaventura realiza su tarea de teo-

logizar. *D. Herrera* se refiere a la respuesta dada por san Buenaventura al problema del «Cur Deus homo» planteado por Anselmo en su célebre obra. Los escritores de la escuela parisina de San Víctor, los Victorinos, fueron muy leídos y citados por Buenaventura. Un aspecto de esta influencia, el simbolismo de los Victorinos, es analizado en el estudio de *G. A. Zinn*. Entre las fuentes del iluminismo bonaventuriano habría que contar, según informan *C. Berube* y *S. Gieben*, a Gilbert de Tournai y *R. Grosseteste*.

Los estudios de *E. Benz*, *J. Ratzinger*, *M. Reeves*, *S. de Compagnola* y otros han reavivado el interés por el problema de la influencia de las ideas del abad Joaquín de Fiore en san Buenaventura. Sobre todo al final de su vida. *N. Falbel* reasume y resume el tema en un artículo sobre la teología de la historia en Joaquín de Fiore y san Buenaventura. Sobre el influjo que el mismo doctor seráfico pudo tener en los siglos posteriores, especialmente en la mística católica, tenemos sendos estudios de *M. Mückhoff* y *J. Mc Loughin* que estudian la influencia del Seráfico en la mística alemana (especialmente en *H. Seuse*) y en los místicos ingleses, respectivamente.

Faceta importante en la vida de san Buenaventura fue su función de Ministro general de la Fraternidad Franciscana, en cuya dirección consumió las mejores energías de su vida. Incluso es imprescindible tener en cuenta esta su actividad de gobernante y esta su larga ocupación con problemas de la vida concreta para valorar ciertas diferencias de matiz en el pensamiento que se observan entre el joven maestro de teología en París, comentarista de las Sentencias y el maduro y experimentado Buenaventura de las últimas décadas de su vida. Es conocida la denominación de «segundo fundador de la orden franciscana» dada a san Buenaventura. Actualmente se dispone de mejores fuentes históricas para revisar y matizar este aspecto de la personalidad del doctor seráfico. Así lo intentan hacer los estudios de *E. R. Daniel* sobre Buenaventura como discípulo de san Francisco; *S. Di Mattia Spirito* que habla de la «fraternitas» y «orden en san Buenaventura». En este mismo epígrafe cabría incluir el artículo de *D. L. Douie* sobre la intervención de Buenaventura en defensa de los mendicantes en la Universidad de París.

San Buenaventura fue en su tiempo un predicador de altos vuelos. Predicador en las cortes de reyes, en la Curia romana, en las grandes ocasiones. Se conservan muchos esquemas de sus sermones eruditos, densos de contenido. De hecho ningún investigador del pensamiento espiritual, teológico y aun filosófico del doctor seráfico puede investigar exhaustivamente su tema sin consultar estos sermones. Esparcidos a lo largo de la vida y proferidos en ocasiones varias, son muy útiles y, en casos, indispensables, para percibir la evolución del pensamiento del Doctor seráfico. La figura de Buenaventura predicador, en sus diversos matices, está estudiada por *H. C. Hazel*, «el bonaventuriano 'ars predicandi'», *J. Beumer*, que habla sobre la autenticidad y contenido teológico de los sermones de Buenaventura; *J. B. Schneyer*, que hace la semblanza del predicador ejemplar, según la enseñanza bonaventuriana. Finalmente encontramos en este volumen tres colaboraciones que se refieren a temas de antropología filosófico-teológica: *J. Mc Evoy*, «microcosmos y macrocosmos en los escritos de san Buenaventura»; *A. Nemetz*, la condición humana en el «Itinerarium mentis in Deum»; *D. Connell*, la relación de san Buenaventura con la tradición ontologista.

Vol. IV: Theologica. Este volumen recoge temas más específicamente teológicos, entendiendo la teología en su sentido corriente, como teología sistemática, dogmática o moral. *W. Dettloff*, conocido por sus estudios bonaventurianos, estudia el tema del desprecio del mundo y salvación, según san Buenaventura. Otros temas introductorios a la teología serían lo de «teoría de la exégesis en Buenaventura», de *H. J. Klauck*; «el puesto del amor en el sistema

teológico de san Buenaventura», por *H. J. Ennis*; coexistencia del saber y de la fe en san Buenaventura», de *M. Barbosa Da Costa Ferreira*. La doctrina trinitaria y Cristo como medio del saber serían los dos polos de la teología de san Buenaventura, según el trabajo de *E. H. Cousins*. Pueden resultar sugerente bajo muchos aspectos, el tema propuesto por *V. Marcolino*: «elementos del desarrollo dogmático según san Buenaventura». Con referencia a la doctrina trinitaria mencionamos la colaboración de *A. de Villalmonste*, «el Padre plenitud fontal de la Deidad», y un estudio comparativo de la doctrina trinitaria de san Buenaventura y la de *P. Tillich*, debido a *J. Dourley*. Una faceta de la pneumatología bonaaventuriana aparece en el artículo de *W. H. Principe* al examinar el sentido de la fórmula «*Pater et Filius diligunt se Spiritu Sancto*». La Cristología está poco representada. Sólo hay dos estudios, uno de *A. Gerken* y otro sobre la obra de Cristo, por *J. L. González*. Sobre la antropología teológica recordamos lo dicho al hablar del volumen II. Ahora la atención se centra en el tema del hombre imagen, con un artículo de *T. Szabó*: el hombre imagen de Cristo; y otro de *R. Jolivet* sobre el ejemplarismo bonaaventuriano.

La enseñanza bonaaventuriana sobre la Iglesia está representada por sendos estudios de *J. Lang* y *G. Tavard*. El primero se fija en la Iglesia como mediana de la salvación, y el segundo atiende más al aspecto de la Iglesia como institución y organización. Un largo estudio de *L. Hamelin* subraya ciertos aspectos del *sacramento del matrimonio* en los cuales la enseñanza bonaaventuriana parecería particularmente acorde con las tendencias de la moral cristiana en este punto. Si toda la teología bonaaventuriana se desarrolla a impulso del amor y caridad puede ser llamada «teología del amor», la preponderancia de la caridad aparece sobre todo en el comportamiento cristiano, regulado por los mandamientos de Dios que se reducen, según el N.T., al mandamiento único del amor. El doctor seráfico es un gran testimonio de esta síntesis de la moral cristiana en torno al mandamiento de la caridad, según estudio de *Ph. Delhaye*.

El papa León 13 calificó a san Buenaventura como «in mystica theologia facile princeps». Por ello era de esperar que los temas de *teología espiritual* mística fuesen más abundantes en este volumen conmemorativo. *W. Hülsbusch* estudia la teología del «transitus» (el paso, la pascua) y *A. Ménard* la espiritualidad del «transitus» (el paso, la pascua) tan característico del hombre viador según lo contempla Buenaventura en el *Itinerarium mentis in Deum*. Sobre el ideal franciscano de la pobreza y la forma bonaaventuriana de entenderla y proponerla habla *H. Schalück*: implicaciones teológicas del ideal de pobreza en Buenaventura, que afecta a toda la actitud misma de hacer teología y de escribirla. *C. T. Niezgodá* estudia la espiritualidad del trabajo propia de los que han abrazado voluntariamente la pobreza. El intenso cristocentrismo de la espiritualidad bonaaventuriana, lo más influyente y permanente de su espiritualidad, aparece recogido, siquiera parcialmente, en la colaboración de *J. Chatillon* que comenta la fórmula «*nudum Christum nudus sequere*», a base de textos de Buenaventura. Hay algunos estudios más en esta sección. Volviendo a un tema que ya encontramos en el vol. II, *F. R. Daniel* ofrece algunas consideraciones sobre Buenaventura como «defensor de la escatología franciscana»: del significado que el franciscanismo habría recibido de Dios en la historia de la Iglesia.

Con esta descripción hemos hecho alusión a casi todos los trabajos de estos volúmenes y creemos haber dado al lector una idea general de su contenido. El nivel en que se mueven las diversas colaboraciones es muy satisfactorio por su altura y seriedad científica. Hay muchos casos de aportaciones realmente valiosas, que los estudiosos de san Buenaventura sabrán valorar más al pormenor. La presentación tipográfica es óptima. Igualmente es digno de

alabanza el esmero por la presentación técnica de los trabajos. La Comisión preparadora y editores han realizado un buen trabajo. Antes de cada uno de los artículos se ha hecho un resumen del mismo en latín. Apreciable ayuda para que el lector seleccione aquellos estudios que va a continuar leyendo; o que simplemente le interesa conocer para volver a leerlos en otra ocasión. Aparte del interés histórico de los problemas tratados, es muy visible en los diversos colaboradores el esfuerzo por subrayar la vigencia actual de los mismos. Ya la misma selección de temas tuvo en cuenta, en lo posible, esta apertura a la actualidad. Una lección fácil de sacar del manejo de estos volúmenes: Hay problemas fundamentales de la filosofía y de la teología que no es aconsejable estudiarlos sin tener en cuenta la opinión de los grandes pensadores del pasado; especialmente cuando pertenecen a una época tan creadora y rica como el siglo 13 cristiano.

A. Villalmonete

L. Bouyer, *La Iglesia de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu*, tr. por J. de Abárzuza (Madrid 1973) 722 pp.

En la introducción de esta obra aparece la siguiente afirmación: «Debido a esto, nosotros, recapitulando la experiencia multiseccular de la Iglesia y partiendo de las reflexiones que esta experiencia no ha dejado de conservar a la luz de las discusiones y de las decisiones del Concilio Vaticano II, y afrontando la complicada situación que de ahí ha resultado, intentamos elaborar una visión de la Iglesia dentro del designio de Dios, tal como El nos la ha descubierto en su Palabra».

En estas líneas se resumen, efectivamente, tanto el contenido de la obra como la perspectiva o enfoque bajo el cual se le considera: la Iglesia es el objeto de esta reflexión teológica del P. Bouyer, enfocada fundamentalmente desde la experiencia histórica que esta comunidad ha tenido de sí misma.

Si la Iglesia es misterio de vida divina participado por el hombre, la experiencia y profundización del misterio por parte del cristiano es un elemento de consideración importante en la valoración de la realidad de la Iglesia; por ello estimamos que el acercamiento a ella desde esta perspectiva, tal como lo hace este teólogo, es válido en sí mismo e interesante desde el punto de vista histórico. Muestra de ello la ofrecen los primeros capítulos en los que se examina la concepción eclesiológica en los Padres, en la Edad Media, en el período de la Reforma, en la Escuela de Tubinga y en el pensamiento protestante y ortodoxo de los últimos tiempos.

La segunda parte de este volumen es un ensayo de síntesis doctrinal de los principales temas eclesiológicos del Concilio Vaticano II: la Iglesia en el misterio, el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo, la sucesión apostólica, la Iglesia y el mundo, etc., etc.

En todo el libro se evidencian los amplios conocimientos del autor, su equilibrio de pensamiento, su reflexión teológica dentro del marco genuinamente católico.

En resumen, diríamos de este libro que, siendo a la vez Historia y teología de la Iglesia —no completa, por supuesto— sirve, a la par que otros ya publicados en esta materia y de todos conocidos, a la comprensión de los temas eclesiológicos fundamentales del Vaticano II.

J. J. Hernández Alonso

Varios, *Tendencias de la Teología en el siglo XX. Una historia en semblanzas*, Editado por Hans Jürgen Schultz, trad. por Diorki (Madrid, Studium Ediciones, 1970) 788 pp.

Las páginas de este voluminoso volumen se leen con verdadero interés. En ellas se nos ofrecen las semblanzas de cien pensadores y profesores de teología. Esto sólo constituye un mérito y un atractivo, pues se nos proporcionan datos biográficos en abundancia acerca de cada uno de los escritores y estamos al corriente del valor crítico de cada uno de ellos. Se ha limitado la obra al campo teológico de los últimos tiempos. Por supuesto, se trata de unos estudios breves, aunque bien matizados. Cada autor de la semblanza respectiva tiene amplia libertad para dibujar la imagen de su biografiado. Y así aparece cada personalidad en su *curriculum vitae* y con la lista de sus principales obras y la exposición sintética de su pensamiento. Al final nos encontramos las fotografías de todos ellos. Los biógrafos o presentadores son especialistas, amigos o discípulos de los teólogos las más de las veces.

El editor alemán H. J. Schultz escribe un prólogo que hay que leer para comprender ciertas características del libro y para no caer en el engaño. Por ejemplo, se nos dice que se prefirió *tendencias* y no *semblanzas*, pensando que el teólogo no se limita a producir o a escribir sino que además es un representante de las tendencias de su época. Observamos que en la lista de los teólogos hay algunos que no lo son propiamente. A esto nos advierte el editor que no son sólo los teólogos sino también los filósofos o psicólogos, los científicos y pensadores, los que han planteado importantes problemas teológicos. Y es que teología es menos un tema, por así decirlo, que una dimensión de todos los temas.

En la compilación encontramos personajes de todas las religiones y tendencias: católicos, protestantes, anglicanos, ortodoxos, judíos. El prologuista nos informa que lo hace así «porque está convencido de que la común experiencia del mundo y de los problemas de nuestro siglo lleva en sí un reto y una invitación que se traducen en algo así como una solidaridad al intentar dar una solución sincera. Pues la teología es un diálogo entre muchos, a veces diálogo desorientador, y es preciso responder a esta realidad con una selección que refleje en cierto modo la amplitud de la gama con la mayor exactitud posible». El lector advertirá en seguida una gran desproporción entre los seleccionados: mientras que son más de sesenta los alemanes, sólo son once los franceses, seis los suizos, y tres los que representan a Inglaterra, Estados Unidos y Unión Soviética. Nos parece muy raro que no haya ni uno sólo de España, de Italia. Claro que hay que pensar que la obra se hizo para el lector alemán, y había que ofrecerle nombres que le fueran más familiares. Pese a los fallos que se puedan encontrar, creemos que se trata de una obra muy útil y de mucho provecho para consulta de muchos datos que a veces necesitamos conocer. Unos índices de personas y materias facilitan el manejo de la obra, que proporcionará un auxilio inmediato en muchos casos.

José Oroz

José Antonio Jáuregui, *Testimonio-apostolado-misión* (Bilbao, Ediciones Mensajero, 1973) 252 pp.

Estamos ante un trabajo serio que supone entrega y sufrimiento para el autor, pero que proyecta luz a todo aquel que se acerca a sus páginas. Jáuregui nos ofrece un análisis exegético de Act. 1, 15-26 y como reza el subtítulo, su investigación es *justificación teológica del concepto lucano, apóstol-testigo de la resurrección*. Brevemente hacemos una exposición del material tratado. Comienza por emplazar kerigmática y metodológicamente su tesis, para ello da

una visión de la situación actual del kerigma en los Hechos, hace un repaso de los diferentes métodos y un recuerdo de los autores que más han contribuido a abrir un camino en este campo. De forma semejante estudia el problema de *los testigos en la obra lucana* que es tema central en la perspectiva del autor. Después de examinar el vocabulario de Lucas sobre el particular y textos neotestamentarios que pueden tener relación, va a preguntar al A.T. y a ambientes extrabíblicos para, teniendo presente todo este material, poder apreciar el valor de las afirmaciones de Lucas. Se detiene en un análisis muy bien conseguido de Lc. 24, 44-49, toda esta investigación está pensada y dirigida hacia Act. 1, 21 s. que será también centro de su interés. En el tercer capítulo, dedicado al análisis exegético de Act. 1, 15-26, repite el mismo ciclo, el mismo engranaje y procedimiento que en los estudios anteriores: estructura de la perícopa, su contexto inmediato, exégesis analítica del texto, opiniones y crítica de las mismas. En el capítulo siguiente se centra sobre las soluciones propuestas a la intencionalidad lucana de Act. 1, 21-22. Los nombres y las opiniones se repiten una vez más, es la misma cuenta de autores casi ya condicionados por lo frecuentemente citados. El trabajo finaliza con ocho páginas que recogen el resumen y las conclusiones.

No cabe la menor duda que el libro de Jáuregui se deberá tener presente en todo trabajo que quiera profundizar sobre la intencionalidad de Lucas en Act. 1, 15-26. El autor posee una gran formación e información, al hacer repaso a todo ese acervo de opiniones sobre el kerigma, apóstol, testigo en los Hechos, no se contenta con una breve cita, sino que suministra el material suficiente para que el lector pueda apreciar la razón y sinrazón de la teoría propuesta y de su crítica. Ya hemos apuntado que continuamente está haciendo llamadas a diferentes ambientaciones bíblicas para poder captar mejor la amplitud de la literatura lucana. Esto no se hace por alardes de erudición, sino para que se vea la novedad de las consecuencias que se puede sacar de la perícopa en cuestión. La bibliografía que presenta es enorme y pienso que no hay prurito de cantidad, sino que la ha pasado por sus manos. La rigidez científica es la que nos enseñó nuestro profesor Martini. La lectura del libro no está al alcance de todos, pero tendrán que acudir a él quienes estén interesados por el tema.

No prestándose la ocasión ni el espacio a disposición a una crítica extensa del material elaborado, si creemos conveniente apuntar que en medio de tantos puntos a favor, se aprecia un cierto desorden o confusión que a un lector poco avisado y sin la conveniente formación exegética fácilmente se ve confundido. Una y otra vez aparecen los mismos autores en distintos apartados, sus opiniones son traídas y llevadas repetidamente, esto obliga al autor a algunas repeticiones y al lector a perder la trayectoria del nervio central. Es cierto que el autor ha buscado la sistematización clara exponiendo los distintos pareceres en el momento apropiado, pero para que el lector se hubiera podido formar una idea más clara, hubiera sido preferible que al principio trazara las líneas de cada uno de los autores criticados y después una simple insinuación hubiera sido suficiente. A la vez que se aprecia el muchísimo trabajo material que supone la obra, no aparece tanto el personal. Luz hay, pero la innovación, la creatividad no siempre se deja ver. Esto no debe minusvalorar el mérito del autor y de la obra.

J. Oroz

E. Brunner, *La esperanza del hombre* (Bilbao, Desclée de Brouwer, 1973) 210 pp.

La obra fue publicada, en su edición alemana, el año 1965. Con ella quiso E. Brunner completar la exposición de la Escatología cristiana iniciada en el último tomo de su «Dogmática». Así lo exigía la reanimación de la conciencia

escatológica ocurrida en la Cristiandad durante las últimas décadas. Como características más salientes de esta obra de E. Brunner cabría señalar: La preocupación por presentar la enseñanza cristiana sobre lo que esperamos, en diálogo —complementario o conflictivo— con las esperanzas humanistas del hombre actual, que pretenden sustituirla. Dentro ya de la misma teología el autor quiere atender a la seria problemática planteada por R. Bultmann, con su programa de desmitización del Nuevo Testamento. Desmitización que logra su punto más álgido en lo referente a los textos escatológicos. Por otra parte E. Brunner pone continuamente de relieve el sentido intensamente cristocéntrico de la escatología, como lo venía haciendo, en general, en toda su producción teológica: Los *novísimos* acontecimientos de la historia de la salvación no son más que la plena realización y consumación del misterio de Cristo encarnado, muerto y resucitado. Unido a este aspecto va el de subrayar reiteradamente la dimensión comunitaria de la consumación del Reino de Dios al final de los tiempos. Finalmente, la perspectiva cristocéntrica no elimina la inevitable orientación teocéntrica de toda reflexión teológica. Pero, de cara al hombre moderno, resulta de peculiar interés el hacer ver —como lo hace el autor— que la plena manifestación del Reino de Dios no absorbe la personalidad humana; ni el hecho de entrar en la eternidad de Dios significa que el hombre como tal quede perdido en el Absoluto impersonal. El Dios personal y viviente de la revelación da vida y personalidad al hombre en la medida en que lo acerca a Sí.

El lector católico no formado en teología no debe olvidar en varios momentos la confesionalidad protestante del A. El «dogma» protestante de la justificación por sola la fe tiene sus repercusiones, muy perceptibles, en el modo de concebir el destino ultraterreno del hombre. Bajo otro aspecto tenemos que lamentar que la traducción sea poco esmerada. Disgusta ese lenguaje castellano tan duro y retorcido en que se expresa *el traductor*. A veces hasta el propio pensamiento del A. queda oscurecido. Ni vemos razonable el que se hayan omitido los pequeños índices, bíblico y onomástico, de la edición alemana.

A. Villalmonste

3) Teología moral y Derecho canónico

Anastasio Gutiérrez, *Il matrimonio. Essenza. Fine. Amore coniugale. Con particolare riferimento alla donna recisa*. (Nápoles, Società Editrice Napoletana, 1974) 208 pp.

Este libro contiene la versión italiana, con leves añadiduras, de algunos artículos publicados en la revista *Apollinaris* y que recogidos —muy merecidamente— en un volumen, dan a conocer el pensamiento del conocido canónigo Anastasio Gutiérrez sobre el matrimonio, sin los hiatos ineludibles en la publicación fragmentada de los artículos.

La ocasión del estudio ha sido, según confesión del Autor, el matrimonio fracasado de una mujer privada de útero y de ovarios imposible de remediar, pues la doctrina aceptada en la práctica sostiene la validez del matrimonio de la «mulier excisa»; G. replantea el problema desde sus fundamentos y concluye por la nulidad de tal matrimonio, con tal firmeza que niega toda probabilidad a la doctrina usual no sólo intrínseca sino también extrínseca; por lo